

LA CARTA DE JAMAICA: REFLEXIÓN CULTURAL, HISTÓRICO-LITERARIA

*Raúl Vallejo*¹

El texto que voy a presentar es una reflexión cultural, histórico-literaria, sobre la tarea libertaria de Bolívar en el capítulo de la Carta de Jamaica.

“Llovió más bien de manera excepcional la noche del 10 de diciembre de 1815. Desde la bahía de Kingston se puede contemplar hacia el noreste las Blue Montains, en cuyas laderas, a veces, se estrellan las tormentas tropicales que visitan de mayo a noviembre a la ciudad que es capital de Jamaica desde 1872.

Pero esos primeros días de diciembre fueron lluviosos, como si el calendario de las aguas hubiese olvidado que noviembre había terminado.

Aquella noche, la naturaleza, que en el terremoto de Caracas del Jueves Santo del 26 de marzo de 1812, dio argumentos religiosos a los realistas en favor de la dominación española, en esta ocasión, con su presencia en forma de lluvia sobre Kingston, pareció ponerse de parte de la causa de la independencia.

Mas no fue solo la naturaleza, sino también el amor, quienes salvaron de una muerte segura a aquel patriota derrotado y empobrecido que había arribado a Jamaica el 14 de mayo de ese año.

Julia Cobier, una criolla originaria de Santo Domingo, vivía en Kingston a causa de una pena de amor no correspondido. La aureola triste del patriota vencido y la mirada cargada de enigmas apasionados de Simón Bolívar la

¹ Embajador de Ecuador en Colombia. Escritor, profesor, político y diplomático.

sedujeron desde el primer encuentro que es decisivo para el nacimiento del deseo.

Fue un arrebato mutuo, pues la piel trigueña, la ensortijada cabellera azabache y los ojos montunos de una madame de exquisitas maneras y educación esmerada, concentraron la atención de Bolívar la noche que la conoció en una reunión de propietarios ingleses que habitaban en la Isla, a la que asistió con su amigo y protector Maxwell Hyslop.

Aquella noche de diciembre, Bolívar estaba de visita en casa de Julia y cuando llegó el momento de regresar a la suya, la lluvia fue un pretexto para quedarse a dormir con la sensual dominicana.

Mientras tanto el patriota José Félix Amestoy², proveedor del ejército independentista durante la Campaña Admirable, cumplía tareas de corresponsal de la causa en las Antillas, había ido a visitar a Bolívar antes de continuar su viaje.

Al enterarse de que Bolívar ya no regresaría a casa, Amestoy se acostó a dormir en la hamaca en donde solía hacerlo el libertador. A las 11 de la noche, Pío, un joven esclavo liberto de 19 años, que desde niño había acompañado a Bolívar, se acercó a la hamaca y clavó un par de puñaladas en el cuerpo de quien pensó que era su antiguo amo.

Pío confesó su crimen, pero no quién le había pagado para llevarlo a cabo y las autoridades inglesas de la Isla decretaron su condena a muerte por ahorcamiento pese al pedido de clemencia de Bolívar.

Pío fue ejecutado en la plaza pública de Kingston, el 23 de diciembre del mismo año. Después se supo que los dos mil pesos que el joven Pío recibió por su crimen le fueron dados, según algunas versiones, por disposición del Capitán General de Venezuela y Gobernador de Caracas, Salvador de Moxó, nombrado en el cargo por el General Pablo Morillo, llamado el pacificador, y de quienes otros historiadores sostienen que fue el que instigó la acción ordenada por Moxó.

2 Filósofo y Teólogo.

Este atentado a Bolívar se explica en el marco de la reconquista de Venezuela y Nueva Granada por parte de los españoles al mando de Pablo Morillo, cuyo título de pacificador dice a las claras que, una vez recuperado el trono, Fernando VII no estaba dispuesto a continuar ni con las veleidades liberales de las Cortes de Cádiz, ni con la constitución de 1812, ni a compartir el gobierno de las colonias con los criollos, y menos a permitir el libre comercio de sus colonias con los otros países de Europa.

En este contexto, la Carta de Jamaica fechada en Kingston el 6 de diciembre de 1815 es un documento fundamental y fundacional para entender la visión de Simón Bolívar, el héroe de formación neoclásica y espíritu romántico, sobre la inevitable como indispensable independencia de nuestra América.

En dicha Carta, Bolívar analiza la coyuntura política en la que se halla el territorio de la patria que habrá de liberar y al mismo tiempo recorre el pasado histórico que la ha constituido, así como proyecta lo que habrá de ser el futuro de la América liberada.

La Carta es un testimonio más de que para Bolívar la tarea libertaria autoimpuesta desde la cima de uno de los montes que rodea Roma en su famoso juramento del 15 de agosto de 1805, ante su maestro Simón Rodríguez, fue un destino por cuyo logro trabajó, desde la perseverancia de su carácter heroico, en cada momento de su existencia.

Bolívar llegó a Jamaica, derrotado y empobrecido, con el ánimo de conseguir la ayuda de Inglaterra para la causa de la independencia. Estaba empeñado en convencer a los ingleses que la dominación española atentaba contra sus propios intereses al restringir el desarrollo económico de las colonias y prohibir el comercio con aquellos.

Fue así como utilizó su palabra, tan exacta como vehemente, para difundir por todos los medios a su alcance su correcta actuación en la guerra independentista, los excesos de represión por parte de los españoles con Morillo a la cabeza, la necesidad ineludible de la independencia americana y las ventajas que esta significaría para los ingleses.

En este sentido, Bolívar también definió en la Carta de Jamaica la necesidad de un equilibrio en el mundo, imposible mientras continuara la dominación de España.

A pesar de su pertenencia a la aristocracia criolla, o deberíamos decir mejor justamente por ello, Bolívar desarrolló un profundo sentimiento anti español que se explica en la medida en que el destino del héroe era la liberación de nuestra América.

En la Carta, Bolívar da cuenta de una situación espiritual de un sector de la intelectualidad criolla que evidencia, ya en el ámbito de lo personal, el carácter que lo empujaría hacia la gloria, que puede ser entendida, según lo señalara Marx en el manifiesto comunista, como el rechazo de un sector consciente de una clase para el condominio de su propia clase.

Estamos, como en 1805, ante un paisaje magnificente. Bolívar hizo su juramento desde una de las colinas que rodean a Roma, contemplando la ciudad desde lo alto, con la mirada atenta que lo abarcaba todo, con el pensamiento crítico sobre la historia que aquella ciudad arrastra por siglos, con la idea encendida de un destino heroico que estuvo dispuesto a asumir con la fuerza de su carácter.

Similar al personaje que aparece en “El caminante sobre un mar de nubes”, el famoso cuadro de Caspar D. Friedrich, que se extasía ante lo sublime de la naturaleza igual que toda alma romántica, Bolívar, sobre una de las colinas que rodean a Roma, contempla no solo la naturaleza, sino también la historia.

En la Carta, la montaña ha cedido su lugar al mar como expresión simbólica de la lucha inmensurable que habrá de emprender, como imagen de la tarea libertaria que el héroe se ha autoimpuesto.

El odio, cita que ya se ha hecho aquí algunas veces, es un sentimiento político que enmarca la situación subjetiva de la lucha independentista con el ánimo de los criollos que la han emprendido. La naturaleza, en la imagen del mar, se muestra grandilocuente para representar el estado del espíritu de los patriotas.

Bolívar remarca con el símil de un imposible natural la situación irreversible de la lucha contra España. La expresión de odio revela la imposibilidad de la reconciliación con quien se ha definido como el depresor del espíritu libre de los americanos y ya se había expresado en el decreto de guerra a muerte a los españoles y canarios firmado por Bolívar el 13 de junio de 1813, durante la Campaña Admirable.

Desde el monte romano al mar de Jamaica la naturaleza se funde con el espíritu de Bolívar, tormenta y pasión. El héroe que lucha por la independencia de América como la realización plena de su destino y gloria.

Pero la tarea de la independencia no era suficiente para la consecución del destino heroico. Bolívar tenía la clarividencia del alucinado y en medio del análisis al que somete la realidad que le toca transformar, se plantea la necesidad de pensar lo que habrá de ser el nuevo mundo después de su independencia, aunque aquella era en ese momento, y debido a las precarias condiciones políticas y económicas en las que se encontraba, una tarea aventurada frente a un imperio que se había planteado la recuperación de su poder y, en términos de realización, una nueva dificultad.

Bolívar expone en la Carta la conciencia del instante en que está viviendo, reconociendo la relación conflictiva entre la tradición política heredada de Europa y lo nuevo que ya emerge de la propia realidad americana.

Nosotros somos un pequeño género humano, poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares; nuevo en casi todas las Artes y Ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad Civil.

De qué se trata ese pequeño género humano. Bolívar es consciente de su condición étnica y su condición de clase, sabe por lo tanto que no representa a los indígenas y que al mismo tiempo ha roto todo vínculo con España.

El pequeño género humano es en cierta forma un ser humano nuevo como producto del mestizaje del nuevo mundo, aunque él utiliza esta palabra. El voluntarismo del romántico otra vez se sobrepone desde la escritura a las contradicciones y percibe el nacimiento de lo original y novedoso en medio de los males ancestrales.

Pero el voluntarismo de Bolívar está de todas maneras anclado en un análisis político de la realidad, que lo lleva a definir la situación de su ser social con todos sus límites, cito:

...no somos Indios ni Europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores Españoles: en

suma, siendo nosotros americanos por nacimiento; y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y que mantenernos en él en contra de la opinión de los invasores....

Más allá de las vicisitudes que describe y vislumbra en la Carta de Jamaica, Bolívar tiene claridad acerca de su sueño político, cuya realización, sin la ayuda de los ingleses y el trabajo unitario de los patriotas, no considera posible en ese momento.

Esta manera de trabajar las dificultades, desde la reflexión teórica formada en la herencia racionalista, marcada por los ideales que parecen imposibles, bañada de espíritu romántico, que se va ajustando a los resultados de la acción política, convierten a Bolívar en el héroe que supera constantemente las dificultades en pos del destino que se ha marcado desde cuando realizó el juramento de Roma.

La Carta es una respuesta a una misiva del 29 de agosto, que no conocemos hasta hoy, remitida por un habitante jamaquino llamado Henri Cullen, cuya identidad por razones políticas se mantuvo en el anonimato al momento de la publicación de la Carta.

Las fórmulas de la versión en español, “Contestación de un americano meridional a un caballero (de) esta isla”, como las de la versión en inglés publicada en 1818, “Carta del General Bolívar a un amigo en la materia de la independencia de Sudamérica”, parecería confirmar el deseo que tenía de ocultar al destinatario de la Carta.

Este destinatario, por las citas que hace el mismo Bolívar en la suya, le pide al Libertador que le comente acerca de la conducta de los españoles para con los pueblos indígenas y le requiere además: “deseo infinitamente saber la política de cada provincia, también como su población, si desean ser repúblicas o monarquías, si forman una gran República o una gran monarquía, etc.”.

La Carta fue dictada por Bolívar a Pedro Briceño Méndez y en ella el Libertador vio la oportunidad de dirigirse a un público más amplio, pues, con el pretexto de responder las inquietudes de Cullen, Bolívar aprovechó para exponer ante cierto sector influyente de la Isla sus ideas respecto de la independencia.

La Carta comienza señalando la crueldad de la dominación española, reivindica la figura de Fray Bartolomé de las Casas, el filantrópico Obispo de Chiapas, a quien asume como fuente confiable del testimonio de aquellos sucesos.

Más adelante, citando una parte de la carta de Cullen, Bolívar aprovecha para resaltar el trato inhumano que los conquistadores dieron a los gobernantes de los pueblos indígenas. Él hace una comparación del trato recibido por Carlos IV y Fernando VII luego de que Bonaparte los hubo capturado.

Dice que existe mucha diferencia porque al fin recuperan su libertad y trono, mientras que los reyes americanos sufren tormentos inauditos y los vilipendios más vergonzosos.

Bolívar, a pesar de señalar al comienzo de la Carta que no tiene libros ni documentos a la mano, describe con precisión admirable el estado en que se encuentra el proceso independentista en cada parte del continente y la situación de los habitantes de la colonia, para enseguida confrontar la pasividad de Europa frente a tal situación.

Este reclamo fue consciente en Bolívar, quien esperaba que su paso por Kingston fuera temporal, pues su objetivo era llegar a Londres tal como se lo hizo saber al duque de Manchester en una carta del 29 de mayo. En realidad nunca le dieron el permiso para continuar hacia Londres y finalmente terminó queriendo regresar a Cartagena, desviándose luego para Haití, cuando se da cuenta que las condiciones militares ya no eran favorables a su llegada a Cartagena, en diciembre del mismo año.

Bolívar plantea, asimismo, que la dominación española ha mantenido a los ciudadanos de la colonia en una especie de infancia permanente, es decir que los americanos no habían sido educados ni en la administración, ni en el gobierno del estado, ni en el comercio con otras naciones.

Justamente por esta situación de ciudadanía pueril es que Bolívar se opone a la construcción de la democracia federal para los pueblos de nuestra América y prefiere la constitución de 15 o 17 países: “no convengo en el sistema federal por ser demasiado perfecto y exigir virtudes y talentos muy superiores a los nuestros”.

A la Carta de Jamaica se le conoce también con el nombre de “profética”, ya se ha hablado sobre el tema acá y no voy a insistir en el mismo.

Bolívar, es consciente de las limitaciones de la realidad política, pero al mismo tiempo está convencido de lo que anhela conseguir. No obstante, en la Carta, la racionalidad del análisis político supera el voluntarismo romántico y si bien es capaz de exponer su utopía integracionista, a Henry Cullen, al mismo tiempo señala con claridad las dificultades de llevar adelante lo que puede ser vislumbrado como un sueño grandilocuente.

Voy a citar in extenso esto que se trae siempre a colación cuando se habla del sueño de Bolívar, dice:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el nuevo mundo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tienen un origen, una lengua, una costumbre y una Religión, debería por consciente tener un solo gobierno, que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse; mas [dice Bolívar] no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América: ¡Qué bello sería..., etcétera.

Y al final de la Carta, Bolívar apela a la unión como aquello que le falta a los pueblos de América para lograr su independencia total en medio de las disputas entre conservadores y reformadores.

Hay que recordar que en Jamaica, Bolívar está derrotado luego de haber vencido la Campaña Admirable, sin recursos, luego de pertenecer a una familia de ricos criollos y a la espera de un permiso para viajar a Inglaterra en pos de apoyo, y, sin embargo, el destino heroico está por cumplirse guiado por el carácter del patriota.

Cito: “Yo diré a usted, lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles y de fundar un Gobierno libre. Es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos.”

En 1823, 18 años después del juramento de Roma y ocho de la Carta de Jamaica, gran parte de la tarea liberadora que se había impuesto el héroe ya estaba realizada como destino, pero no se trata del destino con sentido

místico que se desprende de la tragedia, sino del destino como ideal del genio.

Bolívar, no es el personaje trágico cuya voluntad no cuenta para los dioses que le han impuesto un destino, Bolívar, es el individuo que ha señalado para sí, un destino que habrá de procurarle la gloria y que sabe, en su fuero íntimo, que para alcanzarlo requiere andar un sendero poblado de dificultades.

El destino, en esta acepción, es la realización plena del ideal conseguido con base en la perseverancia, como consecuencia de un carácter superior.

En su conocido artículo “Destino y Carácter”, Walter Benjamín puntualiza, “como en Nietzsche cuando dice: quien tiene carácter, tiene también una experiencia que siempre vuelve, ello significa, si uno tiene carácter, su destino es esencialmente constante, y esta consecuencia ha sido tomada de los estoicos, que no tiene destino”³.

Y sin embargo, Bolívar señaló con modestia en el discurso inaugural del Congreso de Angostura,

¡Un hombre! y un hombre como yo! ¿Qué diques podría oponer al ímpetu de estas devastaciones? En medio de este piélago de angustias no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebatava como una débil paja. Yo no he podido hacer, ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha nuestros sucesos; atribuírmelos no sería justo, y sería darme una importancia que no merezco⁴.

¿En qué consistía ese huracán revolucionario de cuyos vientos se siente un vil juguete en 1819?. Ya lo han señalado algunos historiadores al determinar las contradicciones de clase del proceso independentista, en particular Miguel Acosta Saignes; la primera, la de los colonizadores españoles y la de los colonizados, cuya caracterización desarrolló Bolívar en

3 <http://www.la-simiente-negra.es/y-un-corto-etc%C3%A9tera/medios-de-comunicaci%C3%B3n/cantinflas-como-car%C3%A1cter/>

4 BOLÍVAR, Simón. *Discurso de Angostura*. 15 de febrero de 1819. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana N° 30, Noviembre de 1978, pp. 5 y 6.

la Carta; la pervivencia del sistema de producción esclavista y la reticencia a abandonarlo por parte de los amos mantuanos; la marginación hacia los indígenas que continuaron en su situación de servidumbre bajo el dominio de los criollos; y además, los diversos intereses entre los sectores populares y la élite criolla.

En Angostura habló el héroe y guerrero impelido por las circunstancias a ejercer como hombre de Estado, pero aún había tareas que cumplir, caminos por andar, dificultades por vencer.

No era solo el combatiente derrotado, a quien intentaron asesinar aquella lluviosa noche de diciembre; no era un ajuste de cuentas contra el que había declarado la guerra a muerte contra los españoles; era sobre todo al guerrero intelectual que había concebido no solo el sentido político de la guerra de independencia, sino también el futuro político y la inserción en el mundo de lo que soñaba convertir, según la expresión de José Martí a finales del siglo XIX, en Nuestra América.

Era aquel que, por ejemplo en la Carta de Jamaica, había rememorado las barbaridades de la historia de la conquista, analizaba con lucidez el estado del proceso independentista, proyectaba lo que habrían de ser y hacer las naciones libres, insertaba a nuestro nuevo mundo con la dignidad fundacional que se requería en los usos y gobiernos del viejo mundo, y todo lo conceptualizaba con claridad expositiva, lucidez reflexiva y estilo convincente.

Parecería que Salvador de Moxó y Pablo Morillo, a través del puñal del sicario, hubiesen querido destruir al cerebro de la independencia, cuyas ideas luminosas siempre guiaron a los patriotas, aún en los momentos más crueles y tristes del proceso libertario.

La naturaleza de conducta extraña y el predecible encuentro apasionado de los cuerpos de dos espíritus románticos mantuvieron a Bolívar con vida para que cumpliera la tarea libertaria que se auto impuso en Roma, que conceptualizó en Jamaica, para que tuviera lugar su destino en el trabajo guiado por el carácter heroico del patriota y el amante.